

Intervencionismo fallido, revolución fracasada: el caso de la Primavera Libia*

*Rafat Ghotme***

*Juan Pablo Leyva****

*Laura Murillo Caballero*****

Resumen

El propósito de este artículo es explicar e interpretar la “segunda” guerra civil en Libia que estalló en el 2014. Circunscrita en el marco de la Primavera Árabe, la crisis en Libia se convirtió en una guerra civil que logró cambiar las estructuras políticas impuestas por Gadafi durante cuatro décadas. Sin embargo, en la transición no se consiguió crear una estructura estable y por el contrario, se dio paso a una segunda guerra civil en el 2014. La presente investigación intentará demostrar que este resultado se debió a dos factores relacionados. El primero es interno: la incapacidad del Gobierno libio para controlar la transición y sobre todo a los centenares de grupos armados que operan en Libia, creando

-
- * Este artículo es producto del proyecto de investigación de la línea de estudios del Medio Oriente, registrada en el Centro de Investigaciones de la Facultad de Relaciones Internacionales, Universidad Militar Nueva Granada.
 - ** Candidato a doctor en Historia Política Comparada. Magíster en Historia. Licenciado en Relaciones Internacionales. Profesor asociado e investigador de la Facultad de Relaciones Internacionales, Universidad Militar Nueva Granada. Correo electrónico: rafat.ghotme@unimilitar.edu.co
 - *** Asistente integrante del semillero de investigación. Estudiante de IX semestre de la Facultad de Relaciones Internacionales, Universidad Militar Nueva Granada.
 - **** Asistente integrante del semillero de investigación. Estudiante de IX semestre de la Facultad de Relaciones Internacionales, Universidad Militar Nueva Granada.

coaliciones que apuntan a sostener sus intereses a través de la violencia. El segundo es el intervencionismo extranjero, y de hecho este factor es determinante. La segunda guerra civil en Libia se debió en gran medida a la intervención de la Organización del Tratado del Atlántico Norte entre abril y octubre de 2011, ya que esta desestructuró cualquier iniciativa de cambio que pudo haberse llevado a cabo sin la intervención.

Palabras clave: Libia, guerra civil, Primavera Árabe, transición política, intervención de la Otan.

Abstract

The purpose of this article is to explain and interpret the “second” civil war in Libya that broke out in 2014. Circumscribed within the framework of the “Arab spring”, the crisis in Libya became a civil war that in finally managed to change the political structures imposed by Gaddafi for four decades. However, during the transition, it failed to create a stable structure and on the contrary gave way to a second civil war in 2014. This research will attempt to demonstrate that this result was due to two related factors. The first one is the internal factor, that is, the inability of the Libyan Government to control the transition and above all to hundreds of armed groups operating in Libya, creating coalitions that aim to sustain their interests through violence. The second factor is the foreign interventionism, and indeed this factor is decisive. The second civil war in Libya is due largely to the intervention of NATO between April and October 2011, since this has any effort to change that could have been carried out without the intervention.

Keywords: Libya, civil war, Arab Spring, political transition, Nato intervention.

Introducción

Después de cuatro años del derrocamiento del régimen de Muamar el Gadafi en octubre de 2011, y tras el fracaso del proceso de transición política que siguió a su asesinato, Libia se encuentra inmersa en una *segunda* guerra civil. En ausencia de un Gobierno legítimo central, los grupos armados que emergieron en la *primera* guerra civil siguen pugnando por el poder político y económico, tratando de articular o imponer sus intereses, ideologías o identidades en un espectro estatal-nacional más amplio, pero hasta el momento lo poco que han logrado no va más allá de la formación de coaliciones seculares, tribales o de base religiosa enfrascadas en una lucha abierta.

Libia está dividida en cuatro centros de poder político-militar. Por un lado, está la Casa de Representantes, localizada en la ciudad de Tobruk, al este de Libia, apoyada por los reductos de las Fuerzas Militares leales a la cabeza del general Jalifa Haftar, movimientos

políticos seculares y una pequeña minoría de islamistas moderados, y que se considera el Gobierno legítimo de Libia por la “comunidad internacional”.

Un segundo centro de poder es el Nuevo Congreso General Nacional (CGN), con sede en la ciudad de Trípoli, que cuenta con el apoyo militar de la Operación Amanecer Libia y cuya base ideológica está estrechamente vinculada al islamismo “moderado” de los Hermanos Musulmanes y otras milicias islamistas más radicales. El tercer actor relevante es el Estado Islámico y otras facciones yihadistas cuyas bases no son solo de carácter local sino que forman parte de una red transnacional más amplia de movimientos islamistas; y finalmente los grupos tribales que operan en el sur y este de Libia.

Este artículo se enfocará en los tres primeros actores, no solo porque son los más significativos de la segunda guerra civil libia, sino porque estos, al intentar establecer un sistema político conforme con sus lineamientos, son los que mayores implicaciones generan en el entorno regional e internacional.

El marco explicativo de la denominada segunda guerra civil en Libia se relaciona con dos factores que convergen. El primero de ellos es el factor interno o los problemas estructurales que impiden en Libia se consolide un nuevo Estado después del asesinato de Gadafi. La inestabilidad, la ausencia de instituciones sólidas y la imposibilidad de mantener el monopolio legítimo de la fuerza, además de la ineficiencia burocrática, ayudan a reproducir la violencia y la incapacidad del Gobierno libio surgido durante la transición. Incapaz de suplir las demandas de la sociedad y de controlar los más de quinientos grupos armados que operan en Libia, hacen que este país entre a la categoría de Estado fallido.

El segundo es el intervencionismo extranjero, y de hecho este factor es determinante. La segunda guerra civil en Libia, que comenzó oficialmente a mediados de 2014, estalló como consecuencia de la conversión de esa nación en un Estado fallido, pero Libia llegó a esa situación en gran medida por la intervención de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (Otan) entre abril y octubre de 2011. Con el supuesto o ideal democrático y humanitario, evocando el derecho de injerencia y la responsabilidad de proteger, la Otan comenzó la intervención en Libia creando una zona de exclusión aérea con el fin de defender a los civiles de los ataques de las fuerzas leales al régimen.

Sin embargo, esa intervención obedeció a una agenda de intereses que poco o nada tenía que ver con proteger a la población civil, y por el contrario la intervención de la Otan en Libia provocó una crisis humanitaria sin precedentes, la aparición de múltiples facciones islamistas, la deslegitimación del Gobierno de transición –justamente apoyado por los aliados occidentales de la Otan– y en general desestructuró cualquier iniciativa de cambio que pudo haberse llevado a cabo sin la intervención.

Para desarrollar este argumento, el presente artículo abordará los factores internos que condujeron al estallido de la primera y segunda guerra civil en Libia, hasta llegar a comprender cómo se dio la actual concentración de poder en los tres grandes grupos

nombrados –seculares, islamistas moderados e islamistas-yihadistas–. Luego se expondrá el rol del intervencionismo extranjero, para plantear al final algunas reflexiones sobre los principales hallazgos.

Factores internos de la guerra civil en Libia, 2011-2014

La Primavera Árabe llegó a las calles de Libia en febrero de 2011. Concebida como una forma de protesta, revuelta o rebelión generalizada. En la Primavera Árabe se presentaron dos tipos de demandas comunes a todos los casos: por un lado, la culminación de la corrupción y el autoritarismo, junto a la puesta en práctica de un nuevo régimen democrático; y por otro la terminación del orden neoliberal que fomentaba la riqueza de una reducida élite y la pobreza de un gran sector de la población (Boduszypnski & Pickard, 2014). En Libia se daban estas condiciones, pero tanto en este caso como en los demás, existen ciertas especificidades o se puede percibir que un factor tiene más peso que el otro.

En efecto, durante la dictadura de Gadafi, que se mantuvo en el poder por 42 años, Libia carecía de instituciones efectivas de Gobierno que articularan las demandas en las distintas regiones (Tripolitania, Cirenaica y Fezán), cuyo sistema político se fundamentaba y de hecho obedecía a las lealtades tribales. En Libia existen unas dos mil tribus, y la de Gadafi (llamada Gadafa) simplemente se convirtió en la más poderosa de ellas, creando una suerte de alianza con poco menos de un centenar de tribus –en especial al oeste del país con las tribus Warfalla y Maghara–, a las cuales les cedió cierto nivel de autonomía en la recolección de impuestos y la aplicación de leyes tribales en su propio seno (Aghayev, 2013; Boduszypnski & Pickard, 2014; Brahimi, 2011).

Gadafi logró convertir a Libia en uno de los países con los mejores niveles de desarrollo y educación en África, en gran medida gracias a las fuentes provenientes de la venta del petróleo. A pesar de ello, la riqueza no estaba equitativamente distribuida, pues las tribus dominantes controlaban la estructura socioeconómica de la nación a través de un sistema de repartos patrimonialista que ayudaba a cimentar la lealtad al líder supremo.

Más importante aún que el factor económico estaba el hecho de que los manifestantes que salieron a las calles a protestar contra el régimen libio, concentrados en la región oriental de Cirenaica, reivindicaban el fin del autoritarismo, la represión y un trato más digno como ciudadanos; Cirenaica, en ese sentido, se había constituido en un bastión de la oposición secular, los movimientos intelectuales y el activismo político, cuyo epicentro era la Universidad de Garyunis en la ciudad de Bengasi (Brahimi, 2011).

El factor tribal, por otra parte, impulsó o complementó este proceso en la medida en que diversas tribus del este de Libia, excluidas históricamente del poder, aprovecharon la coyuntura para procurar una mejor posición política. El descontento existente en

la región oriental de Cirenaica era producto de su condición periférica a la que quedó sometida desde que Gadafi llegó al poder en 1969. Un territorio con una estructura social-tribal autónoma cuya identidad, sin embargo, estaba permeada por un islamismo rígido como fuente de unión y resistencia contra la versión ideológica del poder personal de Gadafi, soportada en el nacionalismo-arabista, el socialismo y su visión particular del islam (Brahimi, 2011).

Con esas condiciones de fondo solo hacía falta la chispa que desencadenara la “rebelión”: esta se daría en primer lugar por el impulso que dio el estallido de la Primavera en Túnez y Egipto; luego, siguiendo ese ejemplo, cuando el día 17 de febrero de 2011 en la ciudad de Bengasi fue arrestado el joven abogado y activista Fathi Terbil, generando una enorme ola de protestas en esa localidad y otras ciudades (Brahimi, 2011; Lesch, 2014; Salih, 2013).

El régimen inicialmente intentó apaciguar las protestas ofreciendo subsidios alimenticios, prometiendo mejorar las condiciones salariales y los proyectos de infraestructura, pero esas disposiciones no fueron efectivas, por lo que el Gobierno recurrió a las medidas usuales de represión. Esto desató un conflicto armado que escaló hasta convertirse en una guerra civil.

De la primera guerra civil a la fase de transición

Los manifestantes libios, concentrados en Bengasi y otras ciudades del centro de Libia, respondieron a la represión mediante la lucha armada y la organización política. De hecho, tan solo unos días después de que se emprendió la insurrección, a fines de febrero, crearon el Ejército de Liberación Nacional Libio y el Consejo Nacional de Transición (CNT), obteniendo desde el primer momento el apoyo de la comunidad internacional (incluyendo el rol activo de la Otan como el brazo militar extranjero del CNT) y el reconocimiento de algunas ciudades de Libia que lograron imponer su control y desprenderse de la autoridad central (Sawani, 2012).

Mientras los rebeldes del este de Libia conseguían reforzarse gracias a que muchos oficiales de esa región desertaban con sus equipos militares, así mismo, el 5 de agosto de 2011, el CNT emitió una declaración constitucional que no solo le daba vida como un Gobierno paralelo disidente, sino que anunciaba un ambicioso plan de transición de 18 meses una vez fuera derrocado Gadafi. El CNT incluía a todas las fuerzas políticas, antiguos oficiales del régimen, exiliados, activistas de derechos humanos y la nueva milicia –reclutada entre las tribus, excombatientes islamistas, miembros de la Hermandad Musulmana y ciudadanos de a pie–, llegando a tener representantes de unas 31 ciudades y pueblos.

El CNT quedó bajo la dirección de antiguos funcionarios que fueron liberados o volvieron del exilio, como Mahmoud Jabril (que hacía las veces de secretario de Asuntos Ejecutivos y Exteriores), el exministro de Justicia Mustafa Abdul Jalil, el exministro del Interior general Abdul Fatah Younis, quien desertó una vez que se negó el 20 de febrero a disparar contra los manifestantes, entre otros, casi todos intelectuales (Brahimi, 2011).

A la revolución también se sumó la Hermandad Musulmana, que a pesar del entendimiento logrado con el régimen durante la década anterior, se desligó de este rápidamente y envió un delegado al CNT, formó la Coalición de Brigadas Revolucionarias del este de Libia y finalmente fundó el Partido Justicia y Desarrollo (Ashour, 2015). Otras milicias islamistas también se adhirieron a la lucha. Aparte de los grupos salafistas de base local, numerosos pero sin una estructura organizacional y sin liderazgo nacional, se unió la Brigada Trípoli, creada en Bengasi pero cuya finalidad era concentrar tropas de élite para trasladarse al oeste y tomar la capital.

Sus milicianos eran casi todos excombatientes del Grupo Islámico de Combate Libio. Fundada en 1990, esta organización intentó asesinar a Gadafi en tres ocasiones, pero sería desmantelada en el 2004 tras una década de duros combates y una feroz represión por parte del régimen. El Grupo Islámico se incorporó a la vida civil tras un programa de liberación y modernización impulsado en el 2009 por Saif al Islam, hijo de Gadafi, y se convirtió en un movimiento islamista puritano con la denominación temporal de Movimiento Islámico Libio por el Cambio. Su líder, Abdelhakim Belhadj, que tenía vínculos con Al Qaeda y había sido arrestado en el 2004, volvió a aparecer en escena durante la transición de 2011 y llegó a ocupar el cargo de jefe del Consejo de Trípoli, la agencia encargada de desmovilizar a las brigadas revolucionarias (Franco, 2014; Zoubir y Rózsa, 2012). Por último, durante la transición, esta organización fundó dos partidos: el Watan (Patria) y el Umma Wasat (Nación Central) (Ashour, 2015).

Por ochos meses los rebeldes plantaron una dura resistencia, y gracias a que desde el aire la Otan ayudó a destruir las capacidades militares y aéreas del régimen, lograron avanzar hacia Trípoli, hasta que finalmente Gadafi y su régimen caerían con su asesinato en octubre de 2011. Pero eso era lo único que tenían en común —el derrocamiento de Gadafi— y durante la primera guerra civil y sobre todo después de esta, salieron a flote las rivalidades internas que a la postre llevaron a centenares de brigadas y milicias a mantenerse armadas para defender su independencia o intereses.

Una vez tomada la capital, las fuerzas del CNT intentaron organizar una nueva administración estatal: estableciendo un Gobierno provisional el 24 de noviembre bajo el mando del primer ministro Abdurrahim Abdulhafiz El-Keib, este juró defender la declaración constitucional que abarcaba aspectos tales como la definición del nuevo Estado y los lineamientos generales para los procesos políticos futuros, incluyendo la convocatoria a elecciones y la conformación de un Parlamento que redactara una nueva Constitución.

Esta transición estaba programada para durar 18 meses, y en esencia debía recoger las aspiraciones de la sociedad con base en los principios de justicia e igualdad, sin espacio para la autocracia, la explotación y la concentración del poder en un solo individuo (Sawani, 2012). El CNT estableció –o intentó establecer– el monopolio legítimo de la fuerza tras el colapso del sistema de seguridad (Lesch, 2014).

Esto último se convirtió en uno de los principales desafíos del CNT. Desde el inicio de la rebelión armada, el CNT, autoproclamado como representante legítimo de las aspiraciones libias, instituyó el Ejército de Liberación Nacional, que funcionaba como una amalgama de brigadas independientes y dispersas formadas por exfuncionarios, desertores y distintas agrupaciones políticas seculares e islamistas (Salem y Kadlec, 2012). Se estima que durante la guerra civil se formaron más de quinientas brigadas, desde milicias pequeñas conformadas por 200 a 1.500 hombres, hasta imponentes ejércitos de 20.000 o más milicianos (Sohn y Froude, 2014).

Aunque estas brigadas estaban atadas al liderazgo del CNT, y de hecho el liderazgo político lo sostenían generales o exministros de Gadafi que podían generar lealtades con el liderazgo militar, en la práctica estos últimos eran los verdaderos dueños de la situación y eran vistos como los héroes de la revolución. Por otra parte, en las ciudades del centro y el este de Libia, donde el régimen aún tenía cierto control, los miembros del CNT escogidos no contaban con la legitimación de las brigadas locales, lo que llevaba a estos a organizar sus propias elecciones para reemplazar a sus representantes (Salem y Kadlec, 2012).

En la medida en que los rebeldes del CNT avanzaban hacia el oeste, hasta la toma de Trípoli, la preponderancia de Cirenaica comenzó a disminuir y la balanza se colocaba a favor de otros líderes de la región occidental, que incluía a diversos políticos que retornaban del exilio y las brigadas islamistas del oeste de Libia. En Trípoli, de hecho, se superpusieron decenas de brigadas reivindicando sus posiciones territoriales y demandando representación proporcional para sus regiones de origen.

Entre esas brigadas, cabe destacar a la Fuerza Escudo de Libia, el Consejo Militar Revolucionario de al-Zintan, la Brigada de Misurata y el Consejo Revolucionario de Trípoli, que coexistían con el Consejo Militar de Trípoli, en teoría el órgano responsable de fusionar esas brigadas en el nuevo ejército. Vale la pena nombrar a la brigada Sadoon Swayhil de Misurata, que sacrificó miles de sus combatientes en las batallas más sangrientas y tiene la distinción de haber capturado y asesinado a Gadafi (Salem y Kadlec, 2012).

El CNT logró cooptar o integrar a más de un centenar de estas brigadas, pero a un precio muy alto. Por ejemplo, designó a algunos comandantes de brigadas en ministerios clave, como a Fawzi Abdul Alal, líder de la Brigada de Misurata como ministro del Interior, y a Osama al-Juwaili de la Brigada de al-Zintan, en el de Defensa. Sin embargo, tanto estas como otras brigadas no completaron el proceso de desarme y aún mantienen su beligerancia, pero el CNT y su sucesor, el CGN, no tuvieron más remedio que aceptar su presencia, ya que estas servían como garantes de la seguridad en las ciudades, las

instalaciones petroleras y las fronteras. En realidad, solo el CNT consiguió cierto nivel de seguridad y estabilidad en la medida en que los líderes militares de las brigadas establecían acuerdos tácitos o coaliciones formales entre sí para evitar la confrontación directa, como ocurrió en Trípoli y la región occidental.

Mientras tanto, en el este, los grupos armados comenzaron a crear coaliciones. El Consejo Militar de Barca y la Unión de Brigadas Revolucionarias aparecen entre las agrupaciones más grandes. En la transición, al igual que en la región occidental, consiguió establecerse una especie de estatus que evitó que surgiera la violencia entre las diferentes tribus y facciones, y entre estas y las facciones que controlaban Trípoli, en medio de fuertes disputas por el control de los recursos petroleros y el sabotaje de las elecciones al Parlamento.

No obstante, a pesar de las diferencias políticas en torno a la descentralización/federalización que reivindicaban los líderes político-militares en Bengasi, el temor a que en Trípoli se instaurara un nuevo Gobierno autoritario, y finalmente la reyerta entre las distintas fuerzas de ambas regiones para restaurar el equilibrio, Trípoli y Bengasi —o las diferentes fuerzas entre sí independientemente de su origen— no se enfrascaron en una contienda abierta. En realidad, lo que habían logrado era simplemente aplazar la confrontación.

El camino hacia la segunda guerra civil

Tras celebrarse las elecciones al Parlamento en julio de 2012, el CNT se disolvió. El nuevo Parlamento, el CGN, funcionaba como un Gobierno interino que debía formar un comité para redactar la nueva Constitución y allanar el camino para convocar a otras elecciones que refrendarían el nuevo orden político en mayo de 2013. En ese interregno, las reglas electorales para formar el CGN fueron duramente criticadas: el CGN debía contar con 200 asientos, 80 para los partidos políticos y 120 para los políticos independientes; así mismo, existía un desequilibrio en la proporcionalidad regional y étnica estipulada con criterios demográficos, dejando para la región occidental, la más poblada, el derecho a 100 asientos y a la oriental con 60. En Bengasi grupos federalistas sabotearon las elecciones, pero al final, tras una serie de esfuerzos por reconciliar las posiciones —entre ellas el control por parte de Bengasi de las agencias petroleras y el aeropuerto, además de la promesa de conformar la comisión constitucional no por designación del CGN sino por el voto directo— se alcanzó finalmente completar la elección del nuevo Gobierno interino.

La Alianza de Fuerzas Nacionales emergió de las elecciones como el principal movimiento político, una coalición de alrededor de 60 partidos que se presentaba a sí misma como un movimiento secular que sin embargo consideraba que la Sharia (ley islámica) debía ser la fuente de la legislación y el Gobierno libio. El Partido Justicia y Desarrollo, el brazo político de la Hermandad Musulmana en Libia liderado por Mohammed Sawan,

surgió como la segunda fuerza, a pesar de la preponderancia y el gran nivel de aceptación que tenían los islamistas durante la guerra civil.

Esto se debió principalmente a tres factores: a) los libios consideraban a este partido algo menos liberal que la Alianza, que no obstante también utilizaron al islam como fuente de la legislación; en otras palabras, los libios temían —aunque no fuera el caso— que se instaurara un régimen tipo talibán; b) en los últimos años del régimen de Gadafi la Hermandad Musulmana logró una especie de entendimiento que la Libia pos-Gadafi no veía con buenos ojos; y c) a diferencia de Túnez y Egipto, los miembros de la Hermandad en Libia tenían una conexión menor con las masas (Ashour, 2015). Además, esta organización y los partidos islamistas Watan, Umma Wasat y los salafistas locales, no generaron una coalición para hacer frente a la Alianza.

Por otra parte, el Partido del Frente Nacional, conformado por miembros del Frente Nacional para la Salvación Libia, surgió como una tercera fuerza, de corte laicista y partidaria de adoptar un régimen con soporte en los principios democráticos occidentales parlamentarios. Los independientes se veían como una fuerza oscilante entre los islamistas conservadores y los seculares islamistas, aunque finalmente optaron por acercarse a este último, es decir, a la Alianza de Fuerzas Nacionales.

Tras el llamado de esta Fuerza a constituir un Gobierno de unidad, que los miembros de la Hermandad Musulmana también tuvieron que aceptar, se puede decir que el CGN que surgió de las elecciones instituiría una especie de sistema mixto presidencial y parlamentario descentralizado, de corte laico pero cuya principal fuente sería la ley Sharia (Bruce, 2012).

Ali Zeidan fue elegido primer ministro. En los siguientes 18 meses la más dura labor se relacionó con la conformación del comité que debía redactar la nueva Constitución. Esto solo se logró después de fijar un punto intermedio consistente en darle una proporcionalidad exacta de veinte representantes a cada una de las tres regiones (Cirenaica, Tripolitania y Fezán) independientemente de su demografía, proceso que retrasaría la convocatoria a elecciones hasta febrero de 2014 (Lesch, 2014).

Aparte de esta dificultad, el CGN tuvo que enfrentarse al hecho de que los partidos islamistas, a pesar de no ser la mayoría, comenzaron a dominar en el Gobierno a través de múltiples canales: coaliciones, la presidencia del CGN, el control de cinco ministerios, la implantación de leyes conservadoras, la permisividad con milicias islamistas poderosas tales como Ansar al-Sharia y la Fuerza Escudo de Libia, o la creación de nuevas milicias islamistas con el pretexto de proteger la capital (de las cuales la más importante era la denominada Sala de Operaciones de los Revolucionarios Libios, erigida en octubre de 2013 por Nuri Abu Sahmain, presidente del CGN).

El mandato del CGN expiraría en diciembre de 2013, pero ese mismo mes anunció que extendería su poder un año más. Este paso dio origen a una nueva ola de protestas en

Libia, y uno de los generales del insignificante Ejército Nacional, Jalifa Haftar, ordenó en febrero de 2014 al CGN disolverse y convocar las elecciones. El CGN hizo caso omiso, acusándolo de ser el perpetrador de un golpe que daría paso a una nueva dictadura; en mayo, sin embargo, el general Haftar les demostró que estaba hablando en serio, e inició la Operación Dignidad, una acción militar que haría estallar la segunda guerra civil en Libia.

Los actores político-militares de la segunda guerra civil

La Operación Dignidad se llevó a cabo en un primer momento sobre la ciudad de Bengasi, y luego sobre la de Trípoli. La adelantaron los partidos liberales y seculares —es decir, los islamistas seculares de la Alianza y el Frente Nacional—, incluyendo al depuesto primer ministro Ali Zeidan y varios generales del Ejército Nacional. Con la presión de esos sectores, los miembros del CGN se vieron obligados a convocar las elecciones, celebradas a fines de junio de 2014.

Las fuerzas seculares vencieron en las elecciones y se aprestaron a tomar el poder en agosto bajo la denominación de Consejo de Diputados o Casa de Representantes. Sin embargo, los islamistas del CGN, con el respaldo de diversas milicias que provenían sobre todo de Misurata, boicotearon la posesión del Consejo de Diputados y se proclamaron como el Nuevo Congreso General Nacional (NCGN). El NCGN eligió a Nuri Abu Sahmain como presidente y a Omar al-Hassi como primer ministro. En medio de duros combates, el Consejo de Diputados se vio obligado a trasladar su capital a Tobruk, en el extremo oriental de Libia (Fuente, 2014).

El Consejo de Diputados, apoyado y legitimado por Occidente y algunos Estados árabes como Egipto y Emiratos Árabes Unidos, no solo fue respaldado por las Fuerzas Militares leales al general Haftar, sino también por diversas fuerzas del este de Libia, tribus, pequeñas facciones islamistas y los federalistas armados (Eljarh, 2014; Fitzgerald, 2014; Kadlec, 2015).

El segundo actor relevante, el NCGN, que respaldó Turquía y Catar, cuenta en el plano interno con el apoyo de la Hermandad Musulmana y una coalición de milicias islamistas denominada a sí misma como Amanecer Libio. Esta coalición se conforma de las brigadas de Misurata (procedentes del oeste del país) y el Consejo de la Shura de los Revolucionarios de Bengasi (procedente del este). Este Consejo, a su vez, está conformado por Ansar al-Sharia, la Fuerza Escudo de Libia (vinculada a Al Qaeda), la Brigada de los Mártires 17 de febrero y la Brigada Rafallah al-Sahati. Existe un tercer actor relevante —los grupos islamistas-yihadistas— que a diferencia de las milicias islamistas que forman la coalición Amanecer Libio (de base local-tribal-nacional), se caracterizan por tener una visión global, la puesta en práctica de un Estado o califato que abarque amplias zonas del Magreb y el Sahel (Wehrey y Lacher, 2014).

Después de duros combates entre agosto de 2014 y enero de 2015, el Consejo de Diputados y el NCGN acordaron un cese al fuego, cada uno ejerciendo un Gobierno *de facto* en las regiones que controlan mientras llevan a cabo diálogos en Ginebra con la mediación de Occidente (cfr. Laessing, 2015; Mannocchi, 2015a, 2015b).

Libia, un Estado fallido

La transición política en Libia, si se compara con la de Túnez o Egipto, se enfrentó a una gran dificultad: el CNT y el CGN, al tomarse el poder, recibieron unas instituciones estatales débiles, y ello les imposibilitó estabilizar el país. Durante su régimen, a pesar de la enorme maquinaria burocrática que imperaba en Libia, las instituciones del Estado quedaron relegadas por la ideología personalista de Gadafi, consistente en preservar su posición de poder a través de una red de relaciones personales basada en la cooptación de las tribus, el patrimonialismo y la represión a la disidencia mediante su aparato de seguridad. En ese sentido, la revolución y la caída del régimen debilitaron aún más unas instituciones de por sí ya frágiles (Salem y Kadlec, 2012).

Como se mostró en la sección anterior, el CNT y el CGN se enfrentaron a múltiples problemas de seguridad y políticos; también debieron hacer frente a la ruina fiscal, y en ello aparecía el hecho de que los países occidentales, a la cabeza de Estados Unidos, congelaron 170 mil millones de dólares en activos libios. Dos años después Estados Unidos descongeló estos fondos, pero aún persistían otros problemas: la reactivación de la producción de petróleo y la puesta en práctica de un sistema judicial que condene a los responsables de los crímenes cometidos por las fuerzas leales a Gadafi, aunque por supuesto no aplicaría a los revolucionarios.

Estas dificultades y la languidez institucional que produjo la primera y segunda guerra civil en Libia encajan dentro de la categoría de Estado fallido. Uno de los aspectos relevantes en la definición de Estado fallido es la ineficiencia del Gobierno para cumplir con sus funciones básicas de seguridad o ejercer el monopolio legítimo de la fuerza, así como la incapacidad en la prestación de servicios sociales y la generación de un marco institucional que provea un sistema de justicia independiente y permita el acceso a la riqueza en igualdad de condiciones.

Esto último incluye ciertamente proveer a la ciudadanía de bienes políticos –independientemente del tipo de régimen–, el combate a la corrupción y la disminución de la pobreza. La máxima expresión de un Estado fallido es el estallido de la guerra civil, o mejor, cuando los ciudadanos se organizan política y militarmente para cambiar ese estado de cosas (Campos y Gassebner, 2009).

Libia no solo se ajusta a esa categorización, sino que también ha creado un nuevo escenario de inseguridad regional en tanto que el nuevo Gobierno no puede controlar su

frontera y preservarla del crimen organizado y el constante flujo de grupos islamistas-yihadistas en el Magreb y el Sahel. La inestabilidad y la ineficacia del Gobierno para proveer los servicios públicos básicos en el territorio nacional (especialmente el hecho de que no pueda controlar a las milicias revolucionarias), ha gestado una crisis de legitimidad en Libia que se refleja en la desconfianza para garantizar un proceso político inclusivo (Eljarh, 2014; Sawani, 2012).

Según el *Reporte de competitividad global 2014*, de 144 economías en el sistema internacional –donde se destacan las instituciones, la infraestructura, el ambiente macroeconómico, entre otros– Libia se ubica en el puesto 126. En ese informe los factores más problemáticos son: el alto grado de inestabilidad política, el limitado acceso a financiamiento, la inadecuada educación de la fuerza trabajadora, la ineficiencia gubernamental y la corrupción (World Economic Forum, 2014). Vale la pena revisar sin embargo el reporte sobre Estados fallidos de Fund for Peace (2015), donde Libia aparece en el puesto 25 entre 178 Estados (escala del 1 al 178 en cuanto a Estados fallidos, siendo 1 el más fallido). De los indicadores más preocupantes se encuentra el de la deslegitimación del Estado con una puntuación de 9,8 sobre 10 (véase cuadro 1).

Cuadro 1.
Libia, Estado fallido

Presiones demográficas	Refugiados y desplazados	Desarrollo económico desigual	Agravios colectivos
5,4	7,4	7,8	6,4
Fuga capital humano	Pobreza y declive económico	Deslegitimación del Estado	Deterioro de servicios públicos
6,1	8	9,8	7,5
Violación de derechos humanos	Aparatos de seguridad	Grado de división de las élites	Intervención extranjera
9	9,3	9,1	9,5

Fuente: elaboración propia con base en Fund for Peace (2015).

Nota: Rango: de 0 a 10, siendo 10 la calificación más negativa.

Factores externos

Ahora bien, Libia llegó a la condición de Estado fallido no solo por los factores internos expuestos hasta acá, sino por una variable externa, y de hecho se puede afirmar que esta tuvo un peso aún más determinante: la intervención extranjera encabezada por la Otan para promover el cambio de régimen en Libia. La intervención de la Otan, además de desestructurar por completo las relaciones de poder y las instituciones existentes, junto a la crisis humanitaria que conllevaba su supuesta intención de resguardar las vidas de los

libios, produjo una nueva situación de caos en toda la región, reflejada en la aparición de nuevas redes yihadistas o la expansión de las ya existentes en el Magreb y el Sahel.

La intervención de la Organización del Tratado del Atlántico Norte

A las pocas semanas de haber iniciado la represión estatal contra los manifestantes a fines de febrero y principios de marzo de 2011, tuvo lugar la intervención militar de la Otan dando cumplimiento a la resolución 1973 de la Organización de las Naciones Unidas (ONU). Esta resolución, presentada por Francia y respaldada por Gran Bretaña, Estados Unidos y la Liga Árabe (esta última con la iniciativa de Arabia Saudita y el Líbano y sin un consenso claro), buscaba defender a la población libia de la escalada de la violencia por parte del régimen (detenciones arbitrarias, desapariciones forzadas, tortura y ejecuciones sumarias), creando una zona de exclusión aérea para prevenir que la Fuerza Aérea Libia atacara a los civiles. El Consejo de Seguridad de la ONU, además de aprobar la instauración de una zona de exclusión aérea, ordenó el embargo de armamento, la congelación de activos y la prohibición de vuelos sin previo aviso (Thakur, 2013; United Nations Security Council, 2011).

Lo que llama la atención de la resolución 1973 (publicada el 17 de marzo de 2011) fue la premura con que se emitió. Esto es particularmente llamativo si se compara con otros conflictos donde la ONU y los miembros del Consejo de Seguridad se tomaron varios meses para condenar la violencia (como en Siria), o donde guardaron silencio, manifestaron indiferencia o incluso intervinieron sin un mandato de la ONU (como en Bahréin, donde Estados Unidos dio luz verde a Arabia Saudita para reprimir la rebelión).

Aparte de ello, es notorio el hecho de que Estados Unidos, Francia, Gran Bretaña y los miembros de la Liga Árabe que apoyaron la intervención (es decir, Arabia Saudita o el Líbano), lo hayan hecho basados en informes o rumores de prensa sacados de fuentes rebeldes, sin corroborar con fuentes independientes la supuesta violación sistemática de los derechos humanos en Libia. El propio secretario de Defensa de Estados Unidos, Robert Gates (citado en Aghayev, 2013) así lo reconoció.

No cabe duda de que el régimen libio reprimió duramente a los manifestantes, pero en los primeros días no se registró ninguna masacre o expulsión generalizada de civiles de sus hogares. Human Rights Watch reportó tan solo 233 muertes en los primeros días de la rebelión, y hasta antes de la intervención los libios caídos en medio de la represión y la respuesta armada de estos había llegado a la cifra de mil y no de diez mil, como argumentaban los países que emitieron la resolución (Kuperman, 2015).

La intervención de la Otan, no obstante, no solo demostró que tenía otra finalidad distinta a la de salvar vidas, sino que produjo una situación de no retorno para la futura transición política en Libia. Esto se puede evidenciar de la siguiente manera:

1. Se suponía que la intervención estaba destinada a atacar a todos los aviones o helicópteros que fueran usados por el régimen para masacrar a los libios (civiles armados o no), pero terminó creando una situación humanitaria radicalmente peor y un escenario de violencia estructural que abrió una nueva era de caos. En cuanto a lo primero, la intervención de la Otan produjo la muerte de unas quince mil personas hasta el fin del mandato de Gadafi en octubre de 2011 (Sadiki, 2012), aunque otras fuentes hablan de treinta mil y el desplazamiento forzado de más de medio millón de personas (Acnur, 2014; Kuperman, 2015).

En cuanto al escenario de violencia estructural y la desintegración de las instituciones estatales, la Otan produjo un ambiente de no retorno hasta ahora insalvable que supone que la no intervención sí pudo haber sido una mejor alternativa. Como dice Kuperman (2015): “A pesar de lo que afirmen los defensores (de la intervención), había una mejor política disponible, la no intervención, porque los civiles libios no estaban en realidad en la mira”. Con esta alternativa a la mano, los Estados Unidos y sus aliados pudieron “haber ahorrado a Libia el caos resultante y dado una oportunidad de progreso bajo el sucesor elegido de Gadafi, su relativamente liberal hijo, educado en Occidente, Saif al Islam” (Kuperman, 2015).

Por supuesto, afirmar que la no intervención era la mejor alternativa deja el campo abierto a la especulación y a conjeturas inacabables. Pero si se logra aceptar el hecho de que el propio régimen de Gadafi había aceptado que el sistema inevitablemente había comenzado a debilitarse mucho antes de la rebelión, y que su intención de rehacer la Constitución, junto al anuncio de incorporar al sistema a su hijo reformista como su sucesor, Saif al Islam, “sugieren que el régimen de Gadafi era consciente de que tenía que cambiar de rumbo para acomodar el descontento incluso dentro del círculo íntimo del poder” (Zoubir y Rózsa, 2012, p. 1.267).

Con independencia de la dilación de ese proceso, e incluso sin los líderes del CNT (como Mahmoud Jabril, quien desde hacía varios años apoyaba el plan de modernización de Saif al Islam), el régimen pudo haber promovido un sistema de reformas que o bien le hubiese dado un poco más de vida o bien daría paso a una transición menos violenta, de no haber sido por la intervención de la Otan (Salem y Kadlec, 2012).

En realidad, la intervención de la Otan se acomoda mejor a las características de una típica operación de “cambio de régimen”. Los rebeldes del CNT (a diferencia de los movimientos seculares en Túnez y Egipto) contaban con el respaldo diplomático y militar de diversas potencias extranjeras. Usando la supuesta legitimidad que les daba la resolución 1973, o violándola abiertamente, Francia, Gran Bretaña y Estados Unidos enviaron asesores militares o fuerzas especiales al terreno (para armar, entrenar, organizar la logística, planificar y, de hecho, dirigir a los insurgentes), mientras que la Otan servía como su brazo armado desde el aire (Mazzetti y Schmitt, 2011).

Este apoyo no hizo más que alentar a los rebeldes y agudizar la guerra civil, y es seguro que sin la intervención de la Otan los rebeldes no hubieran podido lograr sus objetivos, disuadiéndolos al mismo tiempo de aceptar una salida negociada auspiciada por la Unión Africana y otros países como China y Rusia (que se habían abstenido en la votación de la resolución 1973), una salida que Gadafi había admitido sin condiciones (Zoubir y Rózsa, 2012).

Si bien el rol de Estados Unidos en la intervención de la Otan fue ciertamente limitado (dejando a sus socios franceses y británicos el protagonismo), esto no significa que el presidente Obama hubiese actuado fuera de la lógica realista de la promoción de los intereses nacionales. El papel de Estados Unidos estuvo circunscrito a labores de coordinación del mando y control de la coalición militar a través de la recopilación y difusión de datos de inteligencia, identificación de objetivos, repostaje de aviones de la Otan y el suministro de capacidades militares como interferencia electrónica, y en todo momento el presidente Obama supeditó esa intervención a un mandato de la ONU y a una coalición multilateral de fuerzas (Daalder y Stavridis, 2012; Haass, 2013).

También se debe reconocer que en un principio Obama no pensó en implementar la doctrina del cambio de régimen sino más bien en una salida política respaldada diplomáticamente por sus socios occidentales y árabes. En ello influían diversos factores: el hecho de que Estados Unidos tuviese intereses “mínimos” en Libia, los límites del poder estadounidense tras las desastrosas experiencias de Afganistán e Irak, y el hecho de que el mandatario norteamericano buscaba inaugurar una nueva era de relaciones armónicas con el mundo musulmán (Haass, 2013). De hecho, la relación entre Libia y Estados Unidos había entrado en una fase de armonización desde el año 2003, desde que Gadafi aceptó cooperar en la eliminación de su programa nuclear y en la lucha contra el terrorismo.

Pero, como ya se dijo, el presidente Obama rápidamente mudó de orientación, favoreciendo la doctrina del cambio de régimen a través de la promoción de sanciones, el congelamiento de activos libios y el llamado a Gadafi para que dejara el poder. Finalmente, aunque aún es difícil establecer si esto se debió a la presión de Francia y sus socios árabes, Obama decidió respaldar la intervención con las condiciones nombradas antes.

Estados Unidos estaba pensando en consideraciones de prestigio, es decir, recuperar su imagen como potencia hegemónica tras su inacción en los levantamientos de Túnez y Egipto, y en ese mismo sentido proteger los intereses de sus socios occidentales, tales como el suministro de petróleo y poner freno a la migración. Una Libia inestable, con una guerra civil prolongada, podría interrumpir los flujos del hidrocarburo (el 10 % del consumo europeo proviene de Libia) y promover la aparición de una nueva ola de refugiados (para las cifras, véase Ali y Harvie, 2013; también se ha documentado la firma de contratos petroleros entre Francia y el CNT, y en general se presume que incluso la intervención de la Otan tenía una agenda en materia energética diseñada para ese país en caso de que cayera Gadafi, en Ramadan, 2012).

Acompañado de un objetivo humanitario, pues, Estados Unidos y sus socios vieron la oportunidad para promover sus intereses en Libia. Sin embargo, la caída de Gadafi en octubre de 2011, completada con la masacre de sus seguidores y la presentación de su asesinato en video celebrado por la “comunidad internacional”, dio paso a una Libia inestable, que en realidad no pudo contener la aparición de otra “amenaza”, esto es, la propagación de los grupos yihadistas.

2. La intervención abrió la puerta a la inestabilidad regional y a los grupos islamistas-yihadistas, y se suponía que se dirigía a evitar esta eventualidad. El vacío de poder generado aumentó la proliferación y el contrabando de armas, también el tráfico de personas y mercancías ilícitas desde y hacia la frontera libia con el Sahel y el Magreb (Fernández, 2015). Este fenómeno se pudo evidenciar en la guerra civil que estalló en Mali, donde grupos de rebeldes tuaregs se aliaron con redes de contrabandistas y yihadistas de Al Qaeda para derrocar al Gobierno central.

En Libia también se han concentrado diversos grupos yihadistas tanto de origen local como transnacional (Kuperman, 2015). Casi todos estos son grupos afiliados o aliados cercanos de Al Qaeda y el Estado Islámico, siendo el principal de ellos Ansar al-Sharia. Los grupos armados afiliados al Estado Islámico, de hecho, controlan la ciudad costera de Sirte, y porciones de Bengasi, Trípoli, Barca y el sur de Libia, perpetrando varios ataques contra las fuerzas leales al general Haftar y el Gobierno de Tobruk, a cristianos coptos egipcios que fueron decapitados y diversas ofensivas para apoderarse de los mayores pozos petroleros del país (Engel, 2015). Derna, la ciudad ubicada al este del país que para el 2014 ya había jurado lealtad al grupo extremista, continúa bajo el control de las células operacionales del Estado Islámico, que en su mayoría se conforman por milicianos que regresan de luchar de Siria e Irak (Ashour, 2015).

Como se dijo en la primera sección, los yihadistas ligados a Al Qaeda provienen en su mayoría del Grupo Islámico de Combate Libio, que en el 2009 se desintegró y sus miembros llegaron a ocupar importantes cargos en la transición. Este grupo operaba tradicionalmente en Bengasi. El hecho de que Bengasi sea un centro de actividad yihadista desde hace más de tres décadas, ayuda a explicar por qué en la actual guerra civil estas facciones adquirieron una rápida preponderancia, aunque la intervención de la Otan, al desestructurar las instituciones creadas por Gadafi para su reincorporación a la vida civil, también contribuyó para su despegue (Feliu, 2013; Reinares, 2015). En efecto, Al Qaeda y el Estado Islámico no solo apuntan a Libia por su importante posición geográfica en el norte de África y el sur de Europa, sino que buscan aprovechar los espacios de inestabilidad para poder avanzar en su agenda política.

Por otra parte, el movimiento Amanecer Libio tiene lazos estrechos con facciones extremistas islámicas como Ansar al-Sharia (Enamorado, 2014; Kadlec, 2015). Mediante este se ha erigido una red transnacional de grupos salafistas en Siria, Mali, Argelia y entre las fronteras de Afganistán y Pakistán. Dicho grupo se ha convertido en un actor relevante

en espacios como Bengasi, donde cuenta con cuatro mil seguidores. Ansar al-Sharia y en general el movimiento Amanecer Libio combaten contra el general Haftar y el Gobierno de Tobruk, argumentando que estos representan una fuerza antiislámica apoyada por Occidente, y tienen el temor de caer en la senda de Egipto, donde el general Al-Sisi llevó a cabo un golpe con el favor de Estados Unidos (Eljarh, 2015).

Iniciativas diplomáticas

La segunda guerra civil en Libia llevó a otro tipo de intervención de la “comunidad internacional”. Aparte de la participación militar de algunos países de la región apoyando a uno u otro bando (Emiratos Árabes Unidos y Egipto, por ejemplo, bombardearon posiciones islamistas en Trípoli, mientras que Catar y Turquía, por otra parte, han intervenido militarmente contra posiciones del movimiento Operación Dignidad del general Haftar), Estados Unidos y sus socios occidentales han instado al diálogo y a iniciativas diplomáticas, mientras respaldan al Gobierno de Tobruk.

Quizá esto se deba a que los socios de la Otan comprendieron la complejidad de la guerra civil y lo contraproducente que puede ser entrar en una nueva intervención militar directa. En enero de 2015, con el auspicio de la ONU y en vista de la alarmante situación humanitaria en Libia, se iniciaron los Diálogos de Ginebra con el propósito de implementar medidas que restablecieran la confianza entre los diversos actores libios e impulsaran las deliberaciones políticas. El encuentro contó con la participación de 17 representantes de la diáspora política de ese país que acompañaron a Bernardino León, jefe de la Misión de Estabilización de la ONU para Libia (UNSMIL, por su sigla en inglés) (Centro de Noticias ONU, 2015a).

La UNSMIL trabajó sobre la propuesta de un Gobierno de unión nacional que debía contar con el reconocimiento de las fuerzas internas y el apoyo de la comunidad internacional para preparar una nueva Constitución definitiva para Libia. Mientras se creaban estas bases iniciales, el representante especial de la ONU para Libia advirtió que los grupos terroristas continuarían tratando de agudizar las divisiones políticas y la desconfianza entre las partes para obstaculizar las negociaciones de paz (Centro de Noticias ONU, 2015b).

En mayo se llevó a cabo un segundo encuentro en Marruecos, en medio de un difícil contexto marcado por los atentados ocurridos en Túnez por parte de islamistas afiliados al Estado Islámico. La urgencia de avanzar sobre el diálogo entre las partes llevó a Bernardino León a instar a los bandos a hacer concesiones, pero el Nuevo Congreso General dilató el proceso demandando el reemplazo de Bernardino León (Scheleifer, 2015).

Estados Unidos y los otros miembros del Consejo de Seguridad se reunieron posteriormente en Berlín, por iniciativa del Gobierno alemán. Allí los participantes renovaron

su compromiso con la soberanía, independencia e integridad territorial de Libia, y como resultado se fijó un borrador para un acuerdo sobre un Gobierno de Unidad Nacional por un año, algo que fue retomado en los Diálogos de Ginebra en agosto de 2015 y cuyo texto lo aprobó la UNSMIL en septiembre (Miyares, 2015; *Russian News Agency*, 2015).

A pesar de que a este último encuentro asistieron los dos principales partidos libios (la Alianza de Fuerzas Nacionales y la Hermandad Musulmana), las fuerzas islamistas del Nuevo Congreso General (y la Operación Dignidad) siguen sospechando de la imposición de una agenda extranjera pro occidental mediante la puesta en práctica de un Gobierno de transición con un poder que dé más prerrogativas a las fuerzas seculares (International Crisis Group, 2015).

Consideraciones finales

La Primavera en Libia puede considerarse como un caso exitoso de revolución si se compara con la Primavera egipcia, yemení o siria. En parte, esto se debe a que las múltiples facciones lograron crear un frente común para derrocar a Gadafi y establecer una nueva estructura de Gobierno distinta a la autocracia personalista impuesta por este líder. Pero la “revolución” solo tuvo un momento para reflejar sus triunfos. Una vez creado el Gobierno de transición —que lo único que tenía en común era la salida de Gadafi— los revolucionarios fueron incapaces de sostener sus logros. Libia se convirtió en un Estado fallido por los problemas estructurales que surgieron a la hora de establecer un nuevo Gobierno, inestabilidad, ausencia de instituciones sólidas y la imposibilidad de mantener el monopolio legítimo de la fuerza, junto a la incapacidad del Gobierno de transición libio para controlar los centenares de brigadas armadas que hacían las veces del Estado en sus regiones de origen.

Pero ese resultado se dio en gran medida por el intervencionismo de la Otan. Esta intervención no solo radicalizó a los rebeldes sino que desestructuró cualquier ánimo de cambio o transición que pudo haberse llevado a cabo sin la intervención. Así mismo, esa intervención obedeció a una agenda de intereses que poco o nada tenía que ver con proteger a la población civil, y por el contrario provocó una crisis humanitaria sin precedentes, la aparición de múltiples facciones islamistas y la deslegitimación del Gobierno de transición.

En ese sentido, la experiencia de Libia puede constituir un ejemplo para apoyar la idea de que las intervenciones internacionales en los conflictos armados pueden ocasionar más caos e inestabilidad —aunque por supuesto esta hipótesis requiere de mayor investigación empírica—. Y finalmente, puede apoyar la idea de que las intervenciones que se hacen bajo el ideal democrático y humanitario, evocando el derecho de injerencia y la responsabilidad de proteger, tienen como telón de fondo una agenda de intereses materiales que

promueven los Estados. Si la “comunidad internacional” adopta otro enfoque basado en la mediación neutral y la ayuda a la estabilización y reconstrucción del Estado sin condiciones o imposiciones de su agenda –por solo citar posibles alternativas–, es probable que Libia logre un mínimo de estabilidad en la transición hacia un Estado consolidado.

Referencias bibliográficas

- Aghayev, E. (2013). Analysis and background of the “Arab Spring” in Libya. *European Researcher*, 39(1-2), pp. 193-198.
- Ali, I. y Harvie, C. (2013). Oil and economic development: Libya in the post-Gaddafi era. *Economic Modelling*, 32, pp. 273-285.
- Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados. (2014). Más de 100 mil desplazados en Libia en las últimas tres semanas. Recuperado de: <http://www.acnur.org/t3/noticias/noticia/mas-de-100-mil-desplazados-en-libia-en-las-ultimas-tres-semanas/>
- Ashour, O. (2015). Between ISIS and a failed State: the saga of libyan islamists. Recuperado de: http://www.brookings.edu/~media/Research/Files/Reports/2015/07/rethinking-political-islam/Libya_Ashour-FINALE.pdf?la=e
- Boduszypnski, M. P. y Pickard, D. (2014). Libya starts from scratch. En: L. Diamond y M. Plattner. *Democratization and authoritarianism in the arab world* (pp. 289-299). Baltimore: Johns Hopkins University Press.
- Brahimi, A. (2011). Libya’s revolution. *The Journal of North African Studies*, 16(4), pp. 605-624.
- Bruce, S. J. (2012). Libyan election breaks Arab Spring pattern. *The International Spectator: Italian Journal of International Affairs*, 47(3), pp. 13-19.
- Campos, N. y Gassebner, M. (2009). International terrorism, political instability and the escalation effect. *IZA Discussion Paper*, 4.061.
- Centro de Noticias ONU. (2015a). Inicia nueva ronda de diálogos de paz sobre Libia. Recuperado de: http://www.un.org/spanish/News/story.asp?NewsID=31497#.VZmaZht_Oko
- _____. (2015b). Libia: inicia nueva ronda del diálogo político. Recuperado de: http://www.un.org/spanish/News/story.asp?NewsID=31940#.VZm18xt_Oko
- Daalder, I. y Stavridis, J. (2012). NATO’s victory in Libya: the right way to run an intervention. *Foreign Affairs*, 91(2), pp. 2-7.

- Eljarh, M. (2014). Libyans are bracing for civil war. Recuperado de: <http://foreignpolicy.com/2014/09/03/libyans-are-bracing-for-civil-war/>
- _____. (2015). What today's bloody attack in Tripoli means for Libya. Recuperado de: <http://foreignpolicy.com/2015/01/27/what-todays-bloody-attack-in-tripoli-means-for-libya/>
- Enamorado, J. (2014). Ansar Al Sharia y la inquietante evolución del yihadismo en Libia. Recuperado de: http://defensa.buscador.gob.es/search?q=libia+y+el+estado+islamico+&site=IEE_ES&oe=utf-8&ie=utf-8&proxystylesheet=ieee&chl=es&enviar2=Buscar
- Engel, A. (2015). The islamic State's expansion in Libya. Recuperado de: <http://www.washingtoninstitute.org/policy-analysis/view/the-islamic-states-expansion-in-libya>
- Feliu, L. (2013). Islam político en Libia: elitización y vanguardia. En: *El islam político en el mediterráneo. Radiografía de una evolución* (pp. 233-267). Barcelona: Bellaterra.
- Fitzgerald, M. (2014). *Libya's rogue 'war on terror'*. Recuperado de: <http://foreignpolicy.com/2014/06/05/libyas-rogue-war-on-terror/>
- Franco, P. (2014). Al Qaeda en Libia antes y después de Gadafi. Recuperado de: <http://www.politicaexterior.com/articulos/politica-exterior/al-qaeda-en-libia-antes-y-despues-de-gadafi/>
- Fuente, I. (2014). Libia, la guerra de todos contra todos. Recuperado de: http://www.ieee.es/Galerias/fichero/docs_analisis/2014/DIEEEA46-2014_Libia_Guerratos_Contratodos_IFC._doc_final.pdf
- Fund for Peace. (2015). *Fragile states index 2015*. Recuperado de: <http://library.fundforpeace.org/library/fragilestatesindex-2015.pdf>
- Haass, R. (2013). The irony of American strategy: putting the Middle East in proper perspective. *Foreign Affairs*, 92(3), pp. 57-67.
- International Crisis Group. (2015). The libyan political dialogue: an incomplete consensus. Recuperado de: <http://www.crisisgroup.org/en/publication-type/media-releases/2015/middle-east-north-africa/statement-the-libyan-political-dialogue-an-incomplete-consensus.aspx>
- Kadlec, A. (2015). The problem with Libya's peace talks. Recuperado de: <http://foreignpolicy.com/2015/01/16/the-problem-with-libyas-peace-talks/>
- Kuperman, A. (2015). Obama's Libya debacle: how a well-meaning intervention ended in failure. *Foreign Affairs*, 94(2), pp. 66-77.

- Laessing, U. (2015). Libyan government warplanes attack oil tanker docked at Sirte. Recuperado de: <http://www.reuters.com/article/2015/05/24/us-libya-security-idUSKBN0O90KE20150524>
- Lesch, A. M. (2014). Troubled political transitions: Tunisia, Egypt and Libya. *Middle East Policy*, XXI, pp. 62-74.
- Mannocchi, F. (2015a). *Q&A: the two sides of Libya. Abdullah al-Thinni*. Recuperado de: <http://www.aljazeera.com/news/2015/08/qa-sides-libya-abdullah-al-thinni-150810095941722.html>
- _____. (2015b). *Q&A: The two sides of Libya. Khalifa al-Ghwell*. Recuperado de: <http://www.aljazeera.com/news/2015/08/qa-sides-libya-khalifa-al-ghwell-150810084824017.html>
- Mazzetti, M. y Schmitt, E. (2011). CIA agents in Libya aid airstrikes and meet rebels'. Recuperado de: <http://www.nytimes.com/2011/03/31/world/africa/31intel.html?hp>
- Miyares, J. (2015). Inicia en Berlín diálogo político sobre Libia. Recuperado de: http://www.unmultimedia.org/radio/spanish/2015/06/inicia-en-berlin-dialogo-politico-sobre-libia/#.VZnwaBt_Okp
- Ramadan, T. (2012). *Islam and arab awakening*. Oxford: Oxford University Press.
- Reinares, F. (2015). Libia en la estrategia del Estado Islámico: ¿qué implicaciones para el norte de África y el sur de Europa? Recuperado de: http://www.realinstitutoelcano.org/wps/portal/web/rielcano_es/contenido?WCM_GLOBAL_CONTEXT=/elcano/elcano_es/zonas_es/comentario-reinares-libia-en-la-estrategia-del-estado-islamico-implicaciones-norte-africa-sur-europa#.VWKy9dJ_Okr
- Russian News Agency. (2015). Next round of dialogue on Libyan settlement in Geneva postponed until August 11. Recuperado de: <http://tass.ru/en/world/813461>
- Sadiki, L. (2012). Libya's Arab Spring: the long road from revolution to democracy. *International Studies*, 49(3-4), pp. 285-314. Recuperado de: <http://isq.sagepub.com/content/49/3-4/285.full.pdf+html>
- Salem, P. y Kadlec, A. (2012). *Libya's troubled transition*. Recuperado de: http://carnegieendowment.org/files/libya_transition.pdf
- Salih, K. E. (2013). The roots and causes of the 2011 arab uprisings. *Arab Studies Quarterly*, 35(2), pp. 184-206.
- Sawani, Y. M. (2012). Post-Qadhafi Libya: interactive dynamics and the political future. *Contemporary Arab Affairs*, 5(1), pp. 1-26.
- Scheleifer, A. (2015). A bizarre twist in Libya's militia drama. Recuperado de: <http://english.alarabiya.net/en/views/news/middle-east/2015/05/09/A-bizarre-twist-in-Libya-s-militia-drama.html>

- Sohn, A. y Froude, J. (2014). *Revolutionaries and rebels: a case study of armed groups in post-Gaddafi Libya*. Washington: Institute for Middle East Studies, Elliott School of International Affairs, George Washington University.
- Thakur, R. (2013). R2P after Libya and Syria: engaging emerging powers. *The Washington Quarterly*, 36(2), pp. 61-76.
- United Nations Security Council. (2011). S/RES/1973 (2011). Recuperado de: [http://www.un.org/en/ga/search/view_doc.asp?symbol=S/RES/1973\(2011\)](http://www.un.org/en/ga/search/view_doc.asp?symbol=S/RES/1973(2011))
- Wehrey, F. y Lacher, W. (2014). Libya's legitimacy crisis. Recuperado de: <http://carnegieendowment.org/2014/10/06/libya-s-legitimacy-crisis/hr9j>
- World Economic Forum. (2014). *The global competitiveness report 2014-2015*. Recuperado de: http://www3.weforum.org/docs/WEF_GlobalCompetitivenessReport_2014-15.pdf
- Zoubir, Y. y Rózsa, E. (2012). The end of the Libyan dictatorship: the uncertain transition. *Third World Quarterly*, 33(7), pp. 1267-1283.